

su ayuno; como ni le sintieron Moisés y Elías<sup>1</sup>; el uno por estar en el monte conversando con Dios, y el otro porque iba al monte á conversar con Él y había sido confortado con el pan que le dió el ángel; en lo cual se te avisa<sup>2</sup> que la oración y devoción hacen suave el ayuno, premiando la ayuda que de él reciben con el gusto que le añaden. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gracias os doy por el ayuno tan riguroso que hicisteis, en satisfacción de mis pecados; por él os suplico los perdonéis, y me ayudéis, para que de hoy más mi cuerpo ayune, absteniéndose de manjares, y el espíritu ayune, apartándose de los vicios. ¡Oh alma! Mira con sorpresa el ayuno de Jesucristo, y examina cómo piensas acerca de los ayunos. ¿Cómo los practicas? ¿Cómo debieras hacerlo?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán bien empieza el Salvador á hacer el oficio de Maestro! No ha dado principio á la predicación; pero sus obras hablan ya elocuentemente. Lleno del Espíritu Santo, se retira del Jordán para huir de las alabanzas y aplausos del mundo, para darte á conocer que no debías ser como los hipócritas, que sólo piensan en las obras exteriores de religión, olvidándose después de los ejercicios interiores, para enseñarte que el alma llena del divino Espíritu halla todo su consuelo en la soledad y todas sus delicias en el retiro. Conoce por este ejemplo de Jesucristo si en tu alma mora este espíritu celestial. Pero mírale cómo va al desierto impulsado con fuerza y suavidad por el Espíritu Santo. ¿Qué hará allá Jesús? ¡Ah! Se humillará, viviendo entre las bestias, Él, que tiene su trono sobre los querubines; hará penitencia aquel que es el Hijo muy amado del Padre celestial y el objeto de todas sus complacencias; orará y contemplará las grandezas de Dios, aquel por quien bajan al mundo todas las gracias; ayunará, por fin, para comenzar á satisfacer por las glotonerías del mundo que viene á salvar; y su ayuno será riguroso, pasando días y noches sin probar alimento ni bebida; será prolongado, alargándolo hasta cuarenta días; será suave, acompañado y sostenido por las dulzuras de la divina gracia. Mira de nuevo á Jesús, y mírate á ti, y al ver tu proceder tan disonante del suyo, confúndete, propón, pide gracias, y ruega por todo lo que tengas encomendado.

#### 50.—TENTACIONES DE JESUCRISTO EN GENERAL.

PRELUDIO 1.º Jesucristo fué guiado por el divino Espíritu al desierto para ser tentado, y habiendo vencido las tentaciones, vinieron los ángeles á servirle.

PRELUDIO 2.º R-presentate á Jesús vencedor y servido por los ángeles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber luchar y vencer como Jesús.

**Punto 1.º** *Jesús conducido por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado.*—Considera cómo uno de los fines por

<sup>1</sup> Exod., xxxiv, 28; III Reg., xix, 8. — <sup>2</sup> S. Bern.

los cuales el divino Espíritu movió á Jesucristo á ir al desierto, fué para que fuese tentado del demonio<sup>1</sup>. Es propio del divino Espíritu poner á los varones muy perfectos en lugares y ocasiones donde sean tentados, para descubrir en ellos la eficacia de su gracia, y darles esclarecidas victorias y ganancias de grandes virtudes y merecimientos. Por esto, si la voluntad y providencia de Dios te ha puesto en medio del fuego de las tentaciones, no temas, porque á su fidelidad toca darte la gracia<sup>2</sup> para que, no sólo no recibas daño de ellas, sino que te sean de grande provecho. Pondera cómo el divino Espíritu guió á Jesucristo al desierto más que á otro lugar, para ser tentado, porque el desierto es lugar ocasionado para las tentaciones por razón de la soledad, porque, en viendo el demonio á uno que está solo y que no tiene hombre que le ayude con su consejo y dirección, y con otros medios que los padres espirituales dan á los tentados, espera vencerle; y así, le acomete con grande cuidado, como acometió á Eva en viéndola sola y apartada de su marido Adán, y la venció y engañó fácilmente. Y por esto, ninguno que no sea perfecto ha de presumir de entrar en los desiertos á vivir vida solitaria<sup>3</sup>. Mas reflexiona que, aunque vivas en poblado y en comunidad, si no quieres dar cuenta de tus tentaciones al confesor ó padre espiritual, verdaderamente estás solo, y vives en desierto y en peligro de ser tentado y vencido del demonio fácilmente, porque, como dice el Eclesiastes<sup>4</sup>: «Cuando muerde la serpiente en secreto, y sin silbo, no tiene ganancia el encantador», que es decir: Cuando el demonio tienta y muerde con la culpa, y el mordido calla, aunque haya médico que le cure, no será curado, porque es como estar solo; y ¡ay del solo!, que si cae, no habrá quien le dé la mano para levantarlo. Considera, además de esto, que, como la vida de los solitarios, fundada en aspereza y oración, es muy perfecta, en viendo el demonio que alguno la comienza, acude á tentarle, para atajarle los pasos; porque, aunque aborrece y tienta á todos los nombres, pero mucho más á los muy fervorosos que comienzan á servir á Dios con perfección, donde quiera que estén. ¡Oh Espíritu Santísimo! Yo me arrojo en vuestra providencia, para que me pongáis donde quisieréis, á fin de que sea tentado y probado; porque, siendo Vos mi padrino y ayudador en los combates, tengo segura la victoria, y nada podrá contra mí el enemigo, ya esté solo, ya acompañado, ya en desierto, ya en poblado. ¡Oh alma fiel! ¿Quieres no temer los asaltos de tu enemigo? Sé fervorosa, confía en la Providencia divina, manifiesta tus tentaciones á quien debes. ¿Te conduces de esta manera?

**Punto 2.º** *Causas de las tentaciones de Jesús.*—Considera aquí las causas porque quiso Cristo Nuestro Señor ser ten-

<sup>1</sup> Matth., iv, 1; S. Thom. — <sup>2</sup> I Cor., x, 13. — <sup>3</sup> S. Basil. et Casian. — <sup>4</sup> Eccles., x, 11.

tado, luego después del bautismo y ayuno, porque sin duda son para tu provecho. Pondera cómo, aunque Él no era principiante en la virtud, quiso, con todo, pasar por la ley ordinaria de los que comienzan á servir á Dios, los cuales, como dice el Sabio <sup>1</sup>, son tentados, y se han de aperebir para las tentaciones. Quiso además asemejarse á los demás hombres en todas las miserias que no son culpa ó frisan con ella, y para que, sabiendo por experiencia qué es ser tentado, se compadeciese, como dice san Pablo <sup>2</sup>, de los que lo son, y con la victoria de sus tentaciones nos enseñase á vencer las nuestras, y nos diese ánimo y esfuerzo para vencerlas. Por cuyo motivo <sup>3</sup>, aunque por el discurso de los cuarenta días quiso ser tentado con varias tentaciones, como dan á entender san Lucas y san Marcos, al fin de ellos lo fué con tres tentaciones visibles, en las cuales, como en semilla, están todas las demás, para que por ellas sacásemos el modo de pelear contra las otras. Saca de todo esto varios avisos importantísimos para cuando te halles tentado. Uno es no afligirte ni desconsolarte <sup>4</sup>, creyéndote desfavorecido de Dios; pues si tu Salvador, siendo Hijo de Dios, fué tentado, no es mucho que lo seas tú; alégrate, pues, en las tentaciones, ya que la alegría espiritual en ellas es grande arma ofensiva y defensiva para salir con victoria. Otro aviso es prevenirte para las tentaciones con oración y ayuno, como Jesús se previno, porque, así como dijo después á sus Apóstoles <sup>5</sup> que había un género de demonios que no salían de los cuerpos, si no es por ayuno y oración, así también hay algún género de demonios tentadores que no son vencidos si no es con las mismas armas. El último aviso es acudir con gran confianza á este Señor por remedio y ayuda en tus tentaciones, recordándole las que por tu amor quiso sufrir. ¡Oh Rey mío amantísimo! Vos sabéis que padezco violencia; responded por mí; los enemigos me han rodeado y circuyen por todas partes y amenazan devorarme; sed mi escudo y protector; y pues sabéis lo que es ser tentado, compadeceos de mí para que no sucumba á la tentación. ¡Oh! Si nosotros hubiésemos practicado estos avisos en las tentaciones, ¡cuántas caídas habríamos evitado! ¿Lo haremos en adelante?

**Punto 3.º Efecto de las tentaciones de Jesús.**—Considera cómo, habiendo luchado valerosamente y triunfado Jesús de su enemigo, vinieron inmediatamente los ángeles á servirle <sup>6</sup>. En lo cual debes ponderar cómo el Padre eterno se dignó enviarlos para honra de su Hijo, y para solemnizar su victoria, y para que se viese cómo tenía cuidado de él, y le tiene de los tentados; y aunque bastara un ángel para servirle en aquella necesidad, quiso que viniesen muchos á darle el parabién de la victoria, y alegrarse con él por haber vencido á Satanás. Mira cómo con

<sup>1</sup> Eccli., II, 1. — <sup>2</sup> Hebr., IV, 15. — <sup>3</sup> S. Thom. — <sup>4</sup> Eccli., II, 4. — <sup>5</sup> Matth., XVII, 20.  
<sup>6</sup> Matth., IV, 11.

gran reverencia le ponen la mesa en aquel desierto, y le dan de comer para aliviar su hambre, sirviéndole como criados á su señor. ¡Qué confianza tan firme debes tener en la Providencia de Dios, pues tan grande cuidado tiene de sus hijos, y de los que por Él pelean en el desierto de esta vida! Mas, de todo esto has de inferir que los ángeles asisten invisiblemente á los que pelean, para ayudarlos, y cuando vencen se alegran con ellos; y así ellos solemnizarán tus victorias y serán los instrumentos de la Providencia para remediar tus necesidades; por cuyo motivo has de amarlos y reverenciarlos, y llamarlos á menudo en tu favor, y no rendirte á las tentaciones; siquiera por no privarles de esta alegría. Tan cierta es esta verdad, que el mismo Satanás, tentado al Señor, la confesó <sup>1</sup>, y se la trajo á la memoria, ordenándolo así la divina Providencia para tu esfuerzo; porque sabiendo el demonio que hay un ángel que te defiende y que es más fuerte que él, encoge su orgullo para no hacerte todo el mal que desea. No pierdas la paciencia y sufrimiento en las necesidades temporales, que á su tiempo <sup>2</sup> las remediará Dios Nuestro Señor, y ten confianza en las tentaciones, aunque se multipliquen y prolonguen, porque á su tiempo hará Dios que cesen, apartando de ti al demonio; mas no te asegures mientras estás en el mundo, recordando lo que dice san Lucas <sup>3</sup>, que Satanás huyó de Cristo hasta otro tiempo. ¡Oh Padre celestial! Bendita sea la amorosa providencia que tenéis de vuestro Hijo y de todos los que le siguen. Si permitís que el demonio los tienta, disponéis los ángeles para que los ayuden, aplaudan y feliciten en su victoria. Si consentís que sufran algunas privaciones, es para regalarles después con mayor abundancia, preparándoles deliciosa comida en el desierto y enriqueciéndolos de excelentes merecimientos. ¡Oh alma atribulada! ¿Por qué desconfías en las tentaciones? ¿Por qué no invocas á los ángeles que te rodean? ¿Por qué no esperas el socorro que te enviará el Señor?

**Epílogo y coloquios.** ¡Ay del que está solo <sup>4</sup>!, ha dicho el Espíritu Santo. La soledad, aunque es lugar muy á propósito para levantar el alma á sublime contemplación por medio de la consideración de las cosas divinas, también es lugar en donde el hombre está expuesto á sufrir rudos combates del demonio. Por esto el divino Espíritu condujo á él á Jesucristo. Y si esta soledad se busca por propio capricho, ya retirándose á ella sin consejo, ya dejando de manifestar á quien corresponda las tribulaciones del espíritu, entonces es sumamente peligrosa. ¡Cuántos lo han experimentado por su desgracia! Pecho cerrado, no tardará en ser vencido. Empero evitando esta soledad culpable y practicando los medios que nos enseña Jesucristo, no hay por qué temer las tentaciones, aunque vehementes, repetidas, pertinaces. Jesús fué

<sup>1</sup> Psalm. xc, 11. — <sup>2</sup> Psalm. cxliv, 15. — <sup>3</sup> Luc., IV, 13. — <sup>4</sup> Eccles., IV, 10.

tentado: ¿por qué querrás tú ser libre de ellas? Él conoce el poder del enemigo, sabe tu debilidad, ve tu temor, te alarga la mano, te mira con amor para alentarte, envía sus ángeles para tu ayuda, ¿y tú temerás? ¿te acobardarás? ¿te crearás abandonado? Mira el fin y resultado que tuvo la lucha de Jesús con el demonio. Éste huyó, y los ángeles se acercaron, dispusieron la mesa en el desierto y le sirvieron como siervos humildes á su amado Señor. Dichoso tú, si á imitación de tu divino Maestro ahuyentas con intrepidez al demonio: no se dejarán esperar los aplausos y premios del cielo. ¿Qué debes, pues, hacer? ¿Qué propósitos? ¿Qué tentaciones sueles padecer? ¿Cómo has de resistir? ¿De qué modo te condujiste hasta hoy? ¿Cuánto te importa armarte de valor y constancia, y no temer al demonio! Haz, pues, eficaces resoluciones, bajando muy al particular; invoca los auxilios del Señor y ruega por los tentados y por las demás necesidades.

#### 51.—TENTACIONES DE JESUCRISTO EN PARTICULAR.

- PRELUDIO 1.º Jesucristo fué tentado de gula, vanagloria y ambición.  
 PRELUDIO 2.º Representate á Jesús solicitado por Satanás en estas ocasiones.  
 PRELUDIO 3.º Pide gracia de conocer los ardides del demonio y vencerle.

**Punto 1.º** *Primera tentación, de gula.*—Considera cómo el demonio, que andaba mirando á Jesús, envidioso de tanta virtud, y viendo que después de los cuarenta días de ayuno tenía hambre, no perdió esta ocasión de tentarle, y así, con aspecto compasivo y aire de piedad, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan<sup>1</sup>». Como quien dice: Usa de la potestad que tienes de hacer milagros para remediar tu necesidad y hambre; provocándole con esto á tener un afecto desordenado á la comida, haciendo milagros por haberla. Pondera aquí los varios modos que tiene el demonio para tentar de gula. Á los regalados tienta poniéndoles delante el deleite de la comida, haciéndoles atropellar la ley de Dios por gozarle, como la atropelló Eva. Á los necesitados tienta provocándoles á remediar su necesidad por medios ilícitos. Unas veces al descubierto por medio de hurtos; otras veces con maña ó fingiendo falsas dispensaciones y fingidas revelaciones, como engañó á un santo profeta; ó con capa de piedad, instigando medios vanos ó presuntuosos; y de este modo tentó á Cristo nuestro Señor; y por una vía ó por otra, desea mucho vencer á los que tratan de espíritu en este vicio de la gula, porque, siendo vencidos en vicio tan bajo, queden acobardados para otras peleas. Quizá tú también sientes estos combates, y aun has sucumbido alguna vez en ellos. Mira, pues, cómo has de obtener la victoria, considerando el ejemplo

Matth., iv, 3.

de Cristo Nuestro Señor. El cual, á la sollicitación del demonio, contestó humildemente con un texto de la Sagrada Escritura: «No vive el hombre de solo pan, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios»; que fué decirle: No quiero hacer milagros por tu persuasión ni para mi regalo, pues Dios puede sustentarme por otros caminos, y por cualquiera cosa que Él quisiera, sin pan; yo creo á lo que está escrito en la Escritura acerca de esto<sup>2</sup>, y confío en su providencia, que no me faltará. Así has de vencer tú las tentaciones que se fundan en necesidades temporales, y en falta de sustento y regalo; teniendo humildad y fe en la palabra de Dios y confianza en su providencia; porque si no niega Dios la comida á los hijos de los cuervos cuando piden por ella<sup>3</sup>, ¿cómo la negará el Padre celestial á sus propios hijos, si confiadamente se la piden? ¡Oh Padre bondadosísimo, que hacéis salir el sol para los justos y pecadores, y enviáis la lluvia sobre el campo del santo y del impío! No quiero yo desconfiar de vuestra providencia, porque, aunque pecador, deseo enmendarme y pelear contra el demonio, que querría apartarme de Vos. ¿Hemos imitado nosotros á Jesucristo resistiendo valerosamente al demonio? ¿Nos hemos dejado arrastrar del afán demasiado por las cosas materiales?

**Punto 2.º** *Segunda tentación, de vanidad.*—Considera cómo Satanás, tomando ocasión de la respuesta dada por el Señor á su primera tentación, pasó á tentarle de vanidad y presunción y confianza demasiada; para esto llevóle al pináculo del templo de Jerusalén, y díjole: «Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo, porque escrito está que ha dado Dios cuidado de ti á los ángeles, y en sus palmas te llevarán para que no recibas daño<sup>4</sup>». Mira aquí las astucias de Satanás para tentar á los hombres, porque en la primera tentación procura descubrir sus inclinaciones, y de ellas se vale para armarles nuevos lazos. Á los confiados en Dios, instiga á que confíen en demasía, hasta dar en presuntuosos. Á los celosos de la gloria de Dios atiza para que den en iracundos; y si ve que son letrados, y que fundan su virtud en los dichos de la Sagrada Escritura, de ella se aprovecha para encubrir su tentación, procurando engañarles. Por lo cual no debes asegurarte con lo que parece bueno, sin examinar el fin, la intención y las circunstancias, probando bien los espíritus, si son de Dios, antes de darles crédito<sup>5</sup>. Observa también la contrariedad del mal espíritu y del bueno que se descubre en este hecho; porque el buen espíritu llevó á Cristo á la soledad, huyendo de las alabanzas del mundo; el mal espíritu le saca de la soledad, colocándole en el pináculo del templo, delante de mucha gente, esperando que por vanagloria haría el milagro que no había que-

<sup>1</sup> Matth., iv, 4. — <sup>2</sup> Deut., viii, 3. — <sup>3</sup> Psalm. cxlvi, 9.

<sup>4</sup> Matth., iv, 6; Psalm. xc, 11. — <sup>5</sup> I Joan., iv, 1.

rído hacer por necesidad en el desierto. Mas admira de parte de Cristo su extraordinaria mansedumbre en dejarse tomar del demonio y llevar desde el desierto, hasta ponerle en el pináculo del templo de Jerusalén, sin resistirle ni contradecirle, pudiéndolo hacer tan fácilmente, encubriendo por entonces su omnipotencia para que no le conociese por Hijo de Dios, y dándole ejemplo de humildad. Admira también el modo cómo vence la tentación, respondiendo sencillamente al demonio: «Escrito está, no tentarás á tu Señor Dios<sup>1</sup>». En lo cual puedes aprender cómo la humildad y discreción, con el reposo y mansedumbre, valen mucho para vencer las tentaciones de vanidad, coloreadas con apariencia de virtud. ¡Oh guerrero diestro y poderoso, Cristo Jesús! Ilustrad los ojos de mi alma con vuestra luz celestial, para conocer las astucias de Satanás cuando se transfigura en ángel de luz para engañarme, y ayudadme con vuestra omnipotencia, para que ni la fuerza de este león me espante, ni la astucia de este dragón me engañe. ¡Oh alma! ¿Has sido tú víctima alguna vez de tales engaños? ¿Lo eres actualmente?

**Punto 3.º Tercera tentación, de avaricia y ambición.**— Considera cómo el demonio, pertinaz en el deseo de derribar á Cristo, viéndose burlado en las dos primeras tentaciones, llevó otra vez á Cristo á un monte muy alto, y desde allí le mostró todos los reinos del mundo y sus grandezas, diciéndole: «Todas estas cosas te daré, si postrado me adoras<sup>2</sup>». Mira cuánta es la pertinacia del enemigo y la sed rabiosa de perderte, que por lograrlo, te daría todo el mundo, si fuera suyo. Y tú, ¿no tendrás mayor estima de tu salvación y más firme propósito de hacer cuanto puedas para alcanzarla, y de perder todo el mundo, si necesario es, para no perderla? Pondera sobre todo cómo es propio del demonio, padre de la mentira, engañar á los hombres con falsas promesas de lo que ni es suyo, ni lo puede dar á su voluntad; y esto hace, ya por medio de nuestra imaginación, formando torres de viento y esperanzas de grandes bienes, si hacemos algo que es pecado mortal; ya por medio de hombres mundanos y lisonjeros y amigos falsos, que nos persuaden injustas pretensiones con esperanzas de salir con ellas. Mas ¡ay del que peca mortalmente! Sin pensarlo, viene á postrarse en tierra y á adorar á Satanás, rehusando su adoración á Dios, porque, como dijo Jesucristo, es imposible servir á dos señores<sup>3</sup>. Pondérase, finalmente, el modo cómo Cristo nuestro Señor venció esta tentación, diciendo con gran imperio al demonio: «Vete de aquí, Satanás, porque escrito está: Á tu Dios adorarás y á Él sólo servirás<sup>4</sup>». En lo cual mostró el grande celo que tenía de la honra de Dios; porque, viendo la desvergüenza del demonio, le arrojó de sí indignado, y le hizo huir vencido, corrido y atemorizado

<sup>1</sup> Deut., vi, 16. — <sup>2</sup> Matth., iv, 9. — <sup>3</sup> Matth., vi, 24. — <sup>4</sup> Deut., vi, 13.

Con este ejemplo te enseña cuánto te importa vestirse de santo celo contra los tentadores, cuando tocan en la honra de Dios, echándolos de ti con grande brío y valor, preciándote de no hincar la rodilla, ni sujetarte á otro que á solo Dios, y por Él á todos los que Él quiere; pero á ninguno contra Él<sup>1</sup>, porque esta santa libertad espanta á los demonios y los hace huir. ¡Oh Dios de las batallas, que armado de vuestro celo, peleasteis contra el príncipe de este mundo y le echasteis de él con vuestra virtud! Ayudad mi flaqueza, para que yo también le venza y le aparte de mí con vuestra gracia. ¡Oh alma mía! Mira las pretensiones de tu enemigo; quiere que te postres y le adores, negando tu adoración á Dios. ¿Harás caso de sus falsas promesas? ¿Te deslumbrarán sus vanos y mentirosos ofrecimientos? ¿Cómo debes contestarle?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán grande y vivo es el deseo que tiene el demonio de perder al hombre! ¡Y cuán sagaz y astuto para tenderle lazos y presentarle tentaciones para hacerle caer! En las tentaciones de nuestro modelo y Maestro, Jesús, descubre toda su habilidad, astucia y saña. De la necesidad que padece el Señor toma ocasión para tentarle de gula, haciendo que con afecto desordenado busque el alimento que necesita. Rechazado, no desmaya; antes de la contestación que recibe se sirve para probarle por la vanidad, llevándole al pináculo del templo é instigándole á que se arroje de él, confiando vanamente en que los ángeles le han de recibir en sus palmas, y todo el mundo le reconocerá por Hijo de Dios. Sufre del Señor nueva repulsa; pero no importa: él insiste, le lleva á la cumbre de un monte, presenta en su imaginación todos los reinos del mundo, y se los ofrece, á trueque de que le rinda adoración. ¡Qué pertinacia y rabia en el enemigo! ¡Cuánta mansedumbre, humildad, serenidad, discreción, prudencia y celo en Jesucristo! ¡Oh! Si tú supieras imitarle en las tentaciones, ¡cuántas caídas evitarías! También el demonio te tienta, unas veces para dar algún placer momentáneo á tu cuerpo, otras veces para satisfacer algún tanto tu vanagloria y deseo de ser alabado y aplaudido, otras, halagando tu ambición de honores ó tu sed de riquezas. ¿Cómo resistes á sus sugerencias? Tal vez te rindes á sus amenazas ó te dejas deslumbrar por sus promesas, ó engañar de sus ardides. Mira el modo cómo te has conducido hasta hoy en las tentaciones de tu enemigo; observa por dónde más te combate, y piensa y reflexiona acerca de los medios de que debes valerte para vencerle. Forma eficaces propósitos; pide gracia para su cumplimiento, y ruega por todos.

<sup>1</sup> Act., v, 29.

## 52. — VOCACIÓN DE LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.º Jesús escogió para Apóstoles hombres pobres y desconocidos, ya justos, ya pecadores.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús llamando á sus Apóstoles.

PRELUDIO 3.º Pídele la gracia de ser agradecido y dócil á su llamamiento.

**Punto 1.º** *Causas por qué Jesús escogió hombres pobres é ignorantes para el apostolado.*—Queriendo Jesucristo escoger doce varones que fuesen como doce fundamentos de su Iglesia, puso los ojos, no en los nobles, ricos y poderosos de la Judea, ni en los letrados y sabios, sino en unos hombres pobres, humildes, ignorantes, y ejercitados en oficios muy viles y desechados. Considera que tu divino Redentor obró de esta manera, porque, aunque por ser poderoso no desecha á los poderosos <sup>1</sup>, y por ser sabio no desprecia á los sabios; pero como se humilló á ser hombre, y se hizo por nosotros pobre, humilde y despreciado, y vino á ser Maestro de humildad, quiso ejercitarla en todas las cosas, y escoger discípulos pobres y humildes, y acompañarse con ellos, porque siempre gustó Dios de tener su conversación con los sencillos y humildes de corazón <sup>2</sup>. Deseaba además este Señor que sus discípulos fuesen muy humildes en el espíritu, y que no se atribuyesen á sí mismos los grandes dones que pensaba darles, ni las gloriosas obras que pretendía hacer por medio de ellos. Por esto, como dice san Pablo <sup>3</sup>, no escogió letrados, ni nobles, que suelen ser muy soberbios; sino idiotas, plebeyos y bien fundados en el conocimiento de su flaqueza, por la experiencia que de sí tenían, para que ningún hombre, acordándose que es carne flaca, se glorie vanamente en la presencia de Dios, atribuyéndose á sí mismo lo que no es suyo. Advierte cuánto te importa fundarte bien en la humildad y en el conocimiento propio, si quieres que Dios te escoja para cosas grandes de su servicio, acordándote de que Jesucristo alabó á su Eterno Padre porque había escondido los misterios de nuestra redención á los sabios y prudentes del mundo, y reveládoslos á los pequeñuelos <sup>4</sup>. De aquí se sigue la otra causa que tuvo el Señor para la elección que hizo, que fué para que la conversión del mundo tan milagrosa no se atribuyese á fuerzas humanas, sino á la virtud divina, porque no fuera posible que hombres tan pobres y despreciados persuadiesen á un mundo tan soberbio y codicioso una fe tan nueva, una doctrina tan levantada, una ley tan pura y una vida tan rigurosa como la evangélica, si la omnipotencia de Dios no hiciera esta obra, y la diestra del muy Alto no hiciera esta mudanza <sup>5</sup>. ¡Oh,

<sup>1</sup> Job, xxxvi, 5. — <sup>2</sup> Prov., iii, 32. — <sup>3</sup> I Cor., i, 26. — <sup>4</sup> Matth., xi, 25.

<sup>5</sup> Psalm. lxxvi, 11.

Padre Soberano, Señor del cielo y de la tierra! Yo os alabo y glorifico por la elección que hacéis de los humildes para darles parte de vuestros misterios. Siempre han robado vuestro corazón los humildes, porque ellos os dan la gloria de todo y no la usurpan para sí: hacedme, Señor, pequeño en mis ojos para que sea grande en los vuestros, tomándome por instrumento de vuestra omnipotencia, para obrar cosas dignas de vuestra grandeza. ¿Qué nos conviene hacer para ser humildes? ¿Cómo debemos disponernos para ser vasos de elección?

**Punto 2.º** *Jesús escoge algunos que eran justos.*—Considera que la vocación divina sólo tiene dos causas; es á saber: la infinita bondad de Dios y los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, por el cual nos escogió y llamó Dios con su santa vocación <sup>1</sup>, no por nuestras obras. Con todo, atiende el Señor no pocas veces en estos llamamientos á algunas congruencias y disposiciones del hombre, en orden al fin á que los llama, para que todos se animen á procurárselas. Pondera cómo, según esto, llamó el Señor para su apostolado á algunos discípulos de la escuela de san Juan Bautista, donde se habían criado en virtud, para honrar á su Precursor, y para que entiendas que gusta de echar mano de tales hombres para cosas grandes. Uno de ellos fué san Andrés, en el cual brillaban dos cualidades que le disponían admirablemente para el oficio de Apóstol <sup>2</sup>; que eran tener grande deseo de su propia santificación y de seguir lo mejor, y vivo celo de que sus hermanos alcanzasen el mismo bien. Animate tú á procurarlas, si deseas que el Señor te asocie á su divino ministerio y te haga su apóstol. Llamó también Jesús á otros que eran virtuosos, y bien inclinados, y ejercitados en obras buenas, para honrar con esto la virtud, y alentarte á sus loables ejercicios. De estos eran Santiago y Juan, hijos del Zebedeo <sup>3</sup>, en quienes resplandecieron otras dos admirables propiedades, que fueron, mucha aplicación á su oficio trabajoso y humilde, huyendo de la ociosidad, ganando la comida con el sudor de su rostro, y remendando por sus manos las redes que tenían, y grande hermandad entre sí, porque, no solamente eran hermanos según la carne, sino según el espíritu, con grande conformidad de voluntades para ayudarse uno á otro y querer para otro el bien que querían para sí. ¿Sientes en ti estas gloriosas cualidades que adornaban á estos santos hermanos, y que les dispusieron en algún modo para que el Señor fijase en ellos sus ojos misericordiosos? ¿Procuras imitar el celo de tu propia santificación que ostenta san Andrés? ¡Oh amantísimo Jesús, que, sin tener necesidad de nadie, sólo para hacernos bien y darnos ocasión de adquirir grandes méritos, os dignáis escoger á los hombres para que os ayuden en la obra de la salvación del mundo! Purificad y adornad de tal

<sup>1</sup> II Tim., i, 9. — <sup>2</sup> Joan., i, 40. — <sup>3</sup> Matth., iv, 21.

modo mi alma, que en ella fijéis vuestra amorosa mirada y la comunicéis tan soberano don, haciéndola instrumento hábil para la salvación de las almas.

**Punto 3.º** *Jesús elige á algunos que eran pecadores.*—Considera cómo Jesucristo, no sólo escogió varones justos para su apostolado, sino también á algunos que eran grandes pecadores, y estaban muy inclinados y asidos á las cosas de la tierra, y aun tal vez muy hundidos en el abismo del pecado. Esto hizo el Señor para que conocieses y te convencieses que la vocación es un don gratuito suyo, que á cualquiera, por malo que sea, puede concederse, y así no te engrieses ni prefirieses á nadie, porque podrá ser que ese á quien desprecias sea vaso de elección, y tú merezcas ser reprobado. Pondera con admiración la omnipotencia del Señor, cómo de repente, de golpe y en un instante, cambia un pecador, y le trueca de perseguidor en predicador, de injusto en justo, de aficionado á las cosas del mundo en desprendido de todo lo terreno. Esto puedes ver en la vocación de san Mateo <sup>1</sup>, el cual, estando sentado en su despacho, muy atareado en sus negocios y cuentas, y tal vez teniendo su corazón muy ocupado con sus riquezas, al punto que oyó la voz de Jesús, se levantó, abandonó todas las cosas, dejó el destino, y le siguió con tal contento, que quiso manifestarlo dando en honor de su Maestro un convite á todos sus amigos. Lo mismo puedes admirar en el llamamiento de Saulo y en tantos otros. Vuelve los ojos sobre ti mismo, y al recordar el estado en que se hallaba tu alma cuando sintió los primeros síntomas de la divina vocación, quizá no podrás menos de alabar y bendecir la misericordia infinita del Señor, viendo que en ti ha querido cumplir la profecía de David, el cual dice del Señor <sup>2</sup>, que levanta las nubes del extremo de la tierra; porque teniendo un corazón frío y seco como tierra sin agua, le ha levantado como nube, para que vuele por el mundo y le riegue con la doctrina y el ejemplo. ¡Oh alma mía! Glorifica á tu Dios que te llamó para su escuela sin merecerlo, dejando á otros muchos compañeros tuyos, y no tan malos como tú, en el abismo del pecado y del error; ponte con la humildad en el extremo de la tierra, para que el Sol de Justicia te mire y te levante como nube á lo alto del cielo. Mira qué es lo que debes hacer para lograr esta gracia.

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán admirables son las trazas del Señor! Ha resuelto conquistar el mundo, y quiere confiar esta obra á los hombres. Para ella escogerá doce varones, y teniendo en su mano los corazones de todos, y pudiendo elegir personajes distinguidos, pone sus ojos en algunos pobres, humildes, desconocidos. Así se muestra Jesucristo consecuente con todas las acciones de su vida, descubriendo en esta, como en todas las

<sup>1</sup> Matth., ix, 9. — <sup>2</sup> Psalm. cxxxiv; 7 Jerem., ii, 16.

otras, su amor á la humildad. De este modo serán humildes los apóstoles elegidos, y su humildad los hará aptos para cosas grandes. Así no podrán jamás atribuir á sus fuerzas lo que sólo puede reconocer por causa adecuada la omnipotencia del Señor. Resplandece, ciertamente, la sabiduría de Jesucristo en esta elección; pero no resplandece menos su bondad y misericordia, si se examinan las cualidades morales de los elegidos. Su bondad, atendiendo á algunas cualidades que algunos poseían para fijar en ellos los ojos; teniendo en cuenta el celo, laboriosidad, fraternidad de algunos, que les disponen para el apostolado. Su misericordia, prescindiendo en la elección de otros de toda cualidad dispositiva, arrancándolos del estiércol de sus vicios para colocarlos entre los príncipes de su pueblo <sup>1</sup>. ¿Comprendes ahora algo de la sabiduría, bondad y misericordia de Jesús en la elección de los Apóstoles? ¿Conoces las disposiciones con que debes prepararte para que el Señor te escoja? ¿Las has procurado hasta ahora? ¿Qué debes practicar? Piénsalo; propón particularmente, pide gracias y ruega por todos, especialmente por los elegidos á la vida apostólica.

### 53.—CORRESPONDENCIA DE LOS APÓSTOLES Á LA VOCACIÓN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo llamó á sus Apóstoles, los cuales, respondiendo con docilidad á la divina vocación, recibieron excelentes gracias.

PRELUDIO 2.º Representáte á Jesucristo llamando á sus discípulos, y á éstos obedeciendo á la divina voz.

PRELUDIO 3.º Pide fiel correspondencia á la divina vocación.

**Punto 1.º** *Modo cómo llamó Jesús á sus Apóstoles.*—Considera cómo de dos modos muy diversos llamó Jesucristo á sus discípulos para el apostolado, aunque ambos fueron muy eficaces. Á unos fué disponiendo poco á poco, llamándoles por tres veces consecutivas <sup>2</sup>. Éstos fueron san Andrés y san Pedro, á los cuales primero admitió en su posada algunas horas, para que le conociesen, conversando con ellos como con otros muchos; luego les invitó á que oyesen su doctrina y tuviesen con Él mayor familiaridad; por fin les mandó que, dejadas todas las cosas, le siguiesen <sup>3</sup>. De este modo te enseña Jesús que los hombres, de ley ordinaria, van subiendo por grados á la perfección, y que importa en gran manera obedecer á cualquier inspiración y llamamiento interior, aunque sea á obras pequeñas y á la oración ordinaria, porque con esta obediencia el hombre se dispone para que su Majestad le llame á cosas mayores. Á otros llamó el Señor de golpe y á la primera vista, para mostrar la omnipotencia de su voluntad en llamar á los que quiere, y arrancarlos en un momento

<sup>1</sup> Psalm., cxii, 8. — <sup>2</sup> S. August. — <sup>3</sup> Marc., i, 18; S. Greg.